

Leones en Chichén Itzá

Ramón Castillo



I

SON LAS NUEVE DE LA MAÑANA Y EL CALOR ES INFAME. Posee una consistencia casi tangible, como si pudiéramos agarrarlo a puños y desplazarlo hacia otro lado, sólo para descubrir de inmediato que llega otro amasijo aún más empecinado y denso a tomar su lugar. Lo peor, sospecho, vendrá luego. Este palpar atmosférico resulta inquietante para los que vivimos acostumbrados a evitar el reconocimiento del cuerpo propio mediante las manifestaciones de la naturaleza. Ciudades como México nos tornan inmunes al asombro ante los elementos, los vemos como un problema más a la hora de luchar contra las responsabilidades del trabajo, el “Hoy no Circula”, las marchas, los asaltos y el *reggaeton* de los vecinos.

La capital adormece la facultad de asombro. Para nuestro pesar y regocijo, nada humano le es ajeno a la CDMX, excepto ciertas maneras de autoexploración que no surjan de la íntima violencia de entrar al metro en hora pico. De ahí que M y yo nos descubramos atónitos en un sitio cuya vida cotidiana se desenvuelve bajo reglas no dictadas por la histeria colectiva o un clima descompuesto, pútrido y renuente. Después de adquirir la categoría oficial de chilangos en la “región más transparente”, no es fácil asimilar que respiramos aire en verdad fresco y aquellas son temperaturas benignas aunque poco usuales para nuestro termostato. Despertar fuera de esa zona de confort masoquista que nace del cinismo y el deseo nunca sofocado de batallar contra los otros, significa sobre todo forzar a la carne y, peor aún, a la mente a fin de sincronizarse en un ritmo ajeno.

Por situaciones como ésta, las vacaciones suelen ser motivo de hondas preguntas existenciales. Y dicho trance es agotador. Tanto, que muchas veces son necesarias vacaciones de las vacaciones. Tanto, que el síndrome de abstinencia citadina lo único que hace es restregarnos la condición impura y perversa de nuestro *modus vivendi*.

II

Se inicia la caminata. Una vez más, los contrastes. Aquí la gente es amable en grados superlativos, de hecho, hasta incomprensibles para los que vivimos día a día en el filo de la mentada de madre y el agandalle. En el hotel nos sugieren caminar al templo de Santiago y sus alrededores; ahí, nos dicen, encontraremos todo lo que buscamos. Queremos color, sabor y aroma; queremos darle la vuelta al desayuno continental pues, por arraigadas convicciones, un plato con fruta, café diluido y pan tostado no es, ni podrá nunca ser, un alimento auténtico. La comida debe elevar, no sumir en la indiferencia. Es más, la comida, como toda aventura, como el sexo incluso, no debe buscar la quietud o la tranquilidad, debe conmovir, despertar pupilas, excitar imaginaciones, crisar epidermis. Abrir un diminuto paquete de mantequilla descongelada, untarla en la superficie reseca de un *hotcake* y descubrir que el rojo artificial de la mermelada es lo más intenso que veremos en esos instantes, estoy seguro, tiene una estrecha correlación con el aumento en las tasas de suicidios.

En la taquería Lupita nos recibe un espigado y cadencioso moreno, receloso de nuestra apariencia de extraños, pero en ningún momento deja de ser meticuloso a la hora de explicarnos cada una de las preparaciones. Pedimos mondongo *kabic*, un caldo poderoso y sávido hecho con la carne suave y ligeramente elástica de la panza de res; agregamos a la orden panuchos de cochinita y lechón horneado, expresiones supremas de la alquimia entre carne y un puñado de condimentos utilizados con tiento y sensibilidad. Añadimos tacos de relleno negro que unen, en el eclipse de un bocado, la claridad de la tortilla y la oscura maravilla del cerdo que en estos momentos, bien merecido lo tiene, debe estar pastando en los prados del paraíso. Agua de lima apacigua los fuegos de la salsa de habanero.

En un costado del lugar veo un anuncio: “Se solicita muchacha trabajadora, alegre y con ganas de vivir”. Sonrío por la ingenua honestidad del letrado y la contundencia de los requisitos, pero me alegra más todavía su renuencia a soportar el cretinismo de una hipotética empleada y, supongo, de cualquier otra persona. Ya la vida es un ejercicio de funambulismo bastante agotador como para, además, soportar individuos de ejemplar idiotez. Aplaudo de Lupita que reconozca, y haga efectivo, el derecho de ignorar a quien le resulte una carga. Mientras ordeno un polcán relleno de poc chuc, me queda claro que esa es la tónica de este y cualquier viaje, incluido el vital. Esa es la clave para mantener lejano el imperio de la rapidez y la neurosis. ¿Olvidé apuntar que acabamos de llegar a Mérida, Yucatán, y que tras éstas, nuestras primeras excursiones comenzamos a olvidarnos de la resaca capitalina? Pues entonces, que quede consignado.

III

Como tantos sucesos y episodios perdidos en el atropellado y pertinaz avance de los años, nadie sabe decirnos con unanimidad por qué Mérida es conocida como la “Ciudad blanca”. Algunos aventuran que el racismo y el desprecio ante cualquier elemento indígena por parte de los españoles está detrás de la expresión; otros más aseguran que los claros edificios del centro son realmente la causa del epíteto; hay quienes presumen la limpieza de las calles, la sobriedad de las construcciones o, la que me gusta más, el resplandor sobrio y distinguido de guayaberas y vestidos de los yucatecos para sostener su versión; lo cierto es que como muchos otros epítetos, la función principal del tiempo es petrificarlos en sonoros y huecos lugares comunes que, peor todavía, ahora son etiquetas mercadológicas.

Se trasluce en este embrollo alrededor del mote de la ciudad una saludable erosión en torno a las

certidumbres sobre los espacios que habitamos. De esta manera, lo mejor es aprovechar la polisemia, aferrarse a la apertura en tiempos donde la diversidad se estandariza, proliferar las vías para eludir que una ciudad pierda su viveza. Lo pienso cuando M, por curiosidad y malicia, me sugiere que nos integremos como polizontes a un grupo de turistas que siguen con devota mansedumbre lo que el guía les indica, sin percibir el aburrido tono de alguien que repite sin imaginación una perorata que, lejos de estimular, adormece. Me pregunto si los extranjeros y visitantes nacionales tenderán una distancia respecto a lo que escuchan, si en ellos surgirá, minutos antes de dormir, un titubeo, tal vez la sospecha de que han sido timados. ¿Entre una y otra margarita en la barra libre del viaje todo pagado se colará la sensación de que lo que les han dicho es apenas el recubrimiento embellecido y digerible de algo que se les fue de las manos?

IV

Llueve. Oscurece rápido y la vegetación se empecina en ocultar cualquier vestigio humano. En ambos extremos del camino, lo único que hay es el verdor encendido de la naturaleza afiebrada y húmeda. Salimos de la zona arqueológica de Uxmal dos horas atrás. Esperamos, entre cigarro y cigarro, el autobús que nos lleve de regreso a Mérida. Por fin se acerca uno, pero al no disminuir la velocidad, evidencia su escaso interés por quienes esperamos su llegada, incluso cuando somos el único grupo humano en al menos diez kilómetros a la redonda. Sigue la marcha sin mostrar arrepentimiento alguno.

A pesar de los inconvenientes, de la soledad de la carretera y del frío que nos adormece los huesos, todavía sentimos el hervor emocionado tras contemplar la “Casa del adivino”, el “Palacio del gobernador” y seguir, con paciencia y asombro, el sinuoso andar de Kukulcán en la

fachada del Cuadrángulo de las monjas. Mientras la lluvia arrecia y los mosquitos comienzan su festín carnívoro, recuerdo a las decenas de excursionistas que tomaban con entusiasmo una *selfie* de estudiada perfección, a su manera, capturando cientos de momentos inolvidables e irrepetibles como quien fotocopia su propio culo.

Mientras esperamos el siguiente autobús, recuerdo instantes que llamaron mi atención. Observé, por ejemplo, a una enjuta rubia que hacía la flor de loto sobre un montículo de piedras justo los segundos necesarios para que su acompañante le tomara una fotografía más, porque la primera no era tan mística como para su muro de *Facebook*. Acaso, comentó ella, necesitaría uno o dos filtros de *Instagram*. Otro tipo exclamaba en voz alta lo maravilloso, lo increíble, lo bello de aquel conjunto. ¡Qué afortunados los mexicanos!, ¡qué increíble ser nosotros!, ¡qué gloriosos días en los que construíamos pirámides y éramos los amos del universo!, todo esto mientras su *selfie stick* se levantaba como un inesperado homenaje a los dioses de la fertilidad, mientras giraba sobre su propio eje y el inmenso, brillante, poderoso *smarthphone* capturaba en *high definition* la majestuosidad de siglos de historia en un streaming que nadie miraba en *Twitter*.

En la salida, nos topamos con algo parecido a un centro comercial. Es apenas una plaza modesta y apagada con un kiosko que vende hamburguesas, sándwiches, papas, café y cualquier chatarra imaginable. En una esquina, auténtica comida yucateca incluye con generosidad flautas con mole. Alrededor, establecimientos en los que se ofrecen guías y mapas del lugar, volúmenes recopilatorios de chistes y albures yucatecos, recetas de comida, textos sobre los enigmas cósmicos de las antiguas profecías mayas y el anuncio del fin del mundo. Sigo caminando por aquella vendimia y, para gusto de los gringos y quienes no tienen rudimentos básicos de geografía, contemplo la

síntesis suprema de lo nacional. La desmesura sincrética aparece cuando los sombreros de charro de Jalisco comparten espacio en la vitrina con botellas de mezcal oaxaqueño; café de Chiapas junto a cajeta de Celaya; Tequila y Xtabentun; bolsitas de cecina y vainilla procedente de Tajín; un cuerno de la abundancia repleto de mercancías que ofrecen una visión sin distingos del país, una idea de que México es lo mismo en todos lados. La alegría capital refulge en las luces de neón que anuncian: *Dollars and credit cards are welcome*.

Confundido por todo aquello, hago le único que me queda. Consumir. Así, me resigno y compro los Chetos y la cerveza más caros de mi vida antes de que salgamos a la lluvia a esperar, durante cuatro horas, el autobús que nunca nos llevará a Mérida. Cuando veíamos que nuestra suerte se agotaba, la lluvia era más intensa y la oscuridad se cerraba con prisa tras perder el segundo autobús, escuché que M decía: esto nos pasa por tu culpa, pinche criticón.

VI

Tahmek. Un rueda precario frente al diminuto templo. Justo al centro un tronco sin atributos. El autobús avanza por la ruta Chichén. La lluvia acaricia la palma seca de las casas.

*

Hoctún. Pintoresco y selvático, apacible y moroso. No hay gente en las calles. El pueblo duerme bajo el susurro del agua. Esta es una mañana ajena al resto del mundo.

*

Xocchel. La coquetería de una iglesia pintada de rosa domina con simplicidad su territorio. Al pasar, imagino el vaivén de las hamacas, los cuerpos apenas dibujados entre la oscuridad de sus casas.

*

Kantunil. Ramas y troncos dispuestos con cuidado displicente circundan a un toro en el centro del pueblo. Nos mira apacible, como si reconociera un destino que no comprende y, de igual forma, le pareciera indistinto. Quisiera ser él.

*

Holcá. Al igual que en las anteriores comunidades, también aquí la vida se ordena alrededor del templo. Sin embargo, hay competencia nueva. Tímidas sucursales evangélicas aparecen como hongos tras la lluvia. Parecen imperceptibles, pero están por todos lados. Ante la llegada del Papa Bergoglio, sin estruendo y con paciencia, se mina la base de su Iglesia. Aquí se lucha una guerra de guerrillas santa.

*

Yaxcabá. El kiosko de la plaza tiene dos niveles. Arriba, algunos niños juegan; abajo, una tienda presume letreos de cerveza, chiles enlatados y refrescos. Aquí no hay ruedo. Pero una banda comienza a afinar con irregular destreza sus instrumentos. La alegría de una fiesta no se encuentra en la grandeza, sino en él entusiasmo de entregarse a ella.

VII

En el restaurante del hotel, presa de mis contradicciones, desayuno pan tostado y mermelada. Pero me siento incompleto, así que para darle vida al triste espectáculo en mi plato ordeno unos molletes. El mesero aprovecha, no entiendo por qué, para exponerme su molestia. Alguien le ha pedido unos huevos motuleños sin chícharos ni plátano frito. Ha defendido con ahínco su postura pero el paradigma que lo obliga a creer que el cliente siempre tiene la razón lo vence. Entiendo

su humillación y coraje. Son motuleños, repetía una y otra vez, llevan chícharos y plátano frito, carajo. Pero su aleccionadora guía no encontró respuesta. Resignado, sacaba conmigo su coraje.

Felipe Carrillo Puerto era motul, igual que los huevos, insistía como si yo hubiera sido el cismático en cuestión. Son dos orgullos yucatecos. No sería motuleño si no lleva chícharos y plátano. No sé si se refiere al prócer o al platillo. ¿Cómo los llamaría usted? Contesto con una elevación de hombros y sonrío con timidez.

Más tarde, en Chichén Itzá el mismo espectáculo de Uxmal pero en dimensiones todavía más colosales en todos los sentidos. Adolescentes musculosos, en complicidad con muchachas de piernas enrojecidas y bien torneadas hacen tablas gimnásticas frente al enorme juego de pelota. Al pasear por el Grupo de las mil columnas, a un costado del Templo de los Guerreros, un tipo se sienta y quita la camisa. Sonríe al *flash*. Se viste de nuevo y sigue adelante como cualquier paseante. Evito hacer cualquier comentario, en parte, debido a que no entiendo lo sucedido. En momentos así constato que soy un reaccionario absoluto. M ha preferido caminar por su lado y evitar mis quejas constantes.

Al final, la paciencia se me agota cuando escucho que un gringo explica con suficiencia que las feroces imágenes que adornan algunos de los edificios representan a los leones que vivían en Chichén Itzá. M se acerca justo a tiempo para oír todo esto. Me mira inquisidora pero me muerdo los labios. Apenas ella se descuida, y en venganza por el turista que pidió unos huevos motuleños sin chícharos ni plátano frito, le suelto a quemarropa a aquel barrigón un “¡pendejo!” “*Excuse me?, no comprendo*”. Niego con la cabeza, esperando que M no escuche y vaya a culparme de perder de nuevo el autobús. Lo cual, gracias al dios Chac, dueño de la lluvia que nos ha acompañado durante todo el viaje, no volvió a ocurrir. ■■